

MARÍA TERESA GIL GARCÍA

Universidad Complutense de Madrid

Las traducciones del español en la Historia de la Lengua Italiana

En el Siglo de Oro, los españoles proyectábamos al mundo la misteriosa vocación de nuestra lengua a la universalidad. Por unos motivos y otros, esta época del Renacimiento y de la Contrarreforma ofrecía la materia natural para la expresión de un mundo cambiante en su extensión material y en su calidad vital. El castellano que se había convertido hacia poco en lengua de un inmenso imperio se podía admirar como modelo excelente y recién fijado para la definición de este nuevo orden global, del que éramos un paradigma. Tan generosa tarea le daría el prestigio que consiguió.

Era el español de entonces, sin miedo a equivocarnos, una lengua fácil en la conversación, y esencial en una literatura que se alimentaba de espiritualidad cristiana y compromiso moral. Ni transparente, ni clara, ni retórica, reclamados como adjetivos por otras lenguas europeas; sino todo lo contrario, exigente y comprometedor, como debía corresponderle a un pueblo que sentía y pensaba acuciado por un mundo áspero y difícil.

Así que este periodo al que nos debemos limitar, la universalidad de lo español, se beneficiaba de los nuevos y poderosos vectores que aseguraban la preponderancia de la casa de Habsburgo en Europa: la inteligencia acreditada y una excelente red de embajadores que pululaban por todos los países con menos éxitos que gloria; el prestigio de la férrea etiqueta de una corte todavía modélica, la primera en el mundo; la calidad de nuestra cultura trasvasada a las traducciones que de los mejores escritores se realizaban en las sedes europeas más prestigiosas. A la atracción de las obras de arte y la calidad de sus artistas, podríamos añadir además la imaginación desbordante de una clase noble que hacía de su escasa actividad un arte de vivir. Y un pueblo, el reino de España, capaz de gloria en la memoria y derrota en lo cotidiano, sin que advirtiera lo frágil de tal compromiso.

Todos estos puntos le habían valido al idioma español una publicidad indirecta, que es por otra parte la mejor y más atractiva, y así, sin recurrir a lo que hubiera sido hoy tomado como el resultado de una bien planificada política cultural o mejor dicho, política lingüística, consiguió buenos resultados.

La España de este siglo y nuestra lengua son irresistibles porque ambas son la expresión patente de la inteligencia y el arrojo del que los humanos somos capaces de alcanzar a pesar de las dificultades que se oponen al éxito.

No es extraño pues que, sobre estos puntos tan llamativos, rehiciera su prestigio en Italia: allí casi se hablaba nuestra lengua. Tal era el fervor que provocaba el español en la época que se difunde incluso más allá de las necesidades prácticas. Y hay humanistas que escriben directamente en castellano, y tan importantes como Pietro Bembo o Giambattista Basile, que mantuvo correspondencia con Quevedo, Villamediana y los Argensola¹.

¹ En CROCE, B., *Saggi di letteratura italiana del '600*. Bari: Laterza, 1962, p. 116.

Así que vamos a trazar un recorrido por las huellas que nuestra cultura, la cultura importada por los italianos, ha dejado en su historia lingüística. Y con ello probaremos que no lo ha hecho sólo a título de sistema de comunicación², sino como marcas profundas en un mundo del que pudo participar felizmente.

Un buen inicio para rastrear el carácter de la herencia de nuestra lengua en el país transalpino lo encontramos en la opinión y el juicio de los mismos italianos. Uno de los primeros que podríamos denominar filósofos del lenguaje, autor de una importante obra de lingüística en el siglo XVIII, *Saggio sopra la filosofia della lingua*, Melchiorre Cesarotti, reflexionando sobre el desarrollo natural de las lenguas, cosa que le ofrecía el punto de partida para el análisis de su contenido histórico, había advertido que el carácter heterogéneo de la lengua respondía a una evolución natural que debía entenderse como un proceso dirigido a una meta ideal: la belleza³. Y en este camino era donde mejor se percibía la intención de un pueblo cuando fijaba el modo de comunicar sus ideas y de perpetuarlas en sus escritos, pues siempre quedaban rasgos profundos y sensibles. Entendía, pues, Cesarotti que ninguna lengua es pura, porque todas las lenguas naturales son el resultado del encuentro de distintos elementos, y el italiano también. Rechazaba, como buen ilustrado cosmopolita, ciertas tesis puristas que circulaban en esa época, como suelen prosperar siempre en periodos de inquietante nacionalismo; hecho que siempre esteriliza la voluntad y la fantasía del hablante para reactivar su sistema comunicativo y ajustarlo a un mundo en constante evolución. En materia de expresión, esto se traduce en un impulso imparable de libertad para servirnos de lo único que gratuitamente podemos usar y abusar, el lenguaje.

En la base de estas consideraciones encontramos que la cuestión lingüística italiana radica esencialmente en hallar un modelo de lengua capaz de ser respetado y aceptado por convención y por convicción de todos los hablantes, esto es un modelo que dé cuenta de la dinámica natural del sistema y que satisfaga a la vez la voluntad de los usuarios cuando trasladen a la escritura su ideal lingüístico. Y así ha sido en toda su historia, constantemente y como sello caracterizador de su costumbre lingüística, estos motivos se reproponen hasta la actualidad. Más que en otras lenguas, si tomamos como ejemplo la española o la francesa, la italiana se muestra bien dispuesta a aceptar la presencia de elementos foráneos que la acompañen y la adornen.

Así como nuestra vocación patria en materia de comunicación aparece anclada en los pilares del uso en lo que se refiere a la fijación de la norma lingüística, pues sólo aquello que sancionan los hablantes debe ser observado; en Italia, en cambio, las cuestiones en asuntos normativos se amplían a la consideración de principios abstractos de conveniencia, belleza o excelso origen. Ciertamente, en torno a la aceptación de tal construcción sintáctica, de un determinado paradigma morfológico, de cierta palabra digamos extraña por extranjera, la italianidad se ha conmovido con todo lo que pudiera ser enriquecimiento del patrimonio. Y “enriquecer” ha tenido en las distintas etapas de la historia de la lengua distintas connotaciones.

² Sabemos que en Cerdeña en el siglo XVI y XVII casi no se publicaron libros en italiano, sólo en español, lo que quiere decir que todo gravita en torno a nuestra cultura.

³ La influencia de Vico y la importancia de la fantasía como motor del desarrollo de la lengua es fundamental en la obra de Cesarotti como se puede apreciar: “fissato che la lingua scritta deve avere per base l'uso, per consigliere l'esempio, e per direttrice la ragione, “la lingua pura è sinonima di Barbara, ogni lingua essendosi formata dall'accozzamento di vari idiomi come è dimostrato dai sinonimi delle sostanze, alla diversità delle declinazioni e coniugazioni, dall'irregolarità dei verbi, dei nomi, della sintassi, di cui abbondano le lingue più colte e stabilito che la giurisdizione sopra la lingua scritta appartiene indivisa a tre facoltà riunite, la filosofia (=ragione), l'erudizione (=l'uso), ed il gusto (=esempio)” en TRABLAZA, C., *Storia della Grammatica italiana*. Bologna: Arnaldo Forni ed., 1963, p. 416.

En el siglo XVI, Maquiavelo en su *Discurso o dialogo intorno alla nostra lingua*, escrito hacia 1524 centraba esta riqueza en los beneficios del intercambio lingüístico porque favorecían la difusión de “arte y doctrina”, al esforzarse en trasvasar de una lengua a otra los conceptos y las palabras que los visten⁴.

Tal apertura de miras, tal interés por aceptar y adoptar todo lo que el buen y bello criterio aconseje ha conseguido un resultado muy afortunado, aseguramos, en Italia, y ha dado un aspecto particular a la lengua y tan excelentes resultados⁵.

A este fin contribuyeron, como vamos a ver, los textos escritos, leídos y valorados por un público receptor que intentaba superar los límites estrechos de sus fronteras políticas. Por la lectura, por esta actividad voluntariosa, se hacían también merecedores de mayor y mejor difusión en un mundo empujado por la curiosidad despertada por los grandes acontecimientos.

En el siglo XVI la demanda de información alcanza a todas las parcelas del conocimiento. Interesan los escritos de tipo científico, divulgativo o especializado; la narración de viajes, las descripciones de territorios recién explorados, de sus paisajes, su flora, su fauna. Y también los textos literarios que, ligados al espíritu de la magnificencia destilada por la dominación española desde la paz de Chateau-Cambresis, modelarán la imagen de la particular vitalidad del barroco italiano.

La traducción como mecanismo de interpretación de lo que ocurre entre una lengua y otra, facilita la apertura de todas estas relaciones privilegiadas. Y esta práctica va a favorecer además un modelo de lengua italiana deseable para una comunicación general y más amplia, capaz de superar las barreras de los dialectos locales y de la lengua de la literatura, que no se ocupa de estos temas. Cierto que en la fijación de un modelo lingüístico afloran más dificultades, pero la progresión en el establecimiento de una norma lingüística por este camino va a ser imparable. Aprovechando todo tipo de textos pragmáticos y otros de mayor o menor respiro intelectual, se abrió un proceso de revisión cultural que acabó por consolidar un único modelo para lo escrito. Desde entonces y casi hasta hace bien poco -hasta que hay televisión prácticamente- el único italiano común a todos los hablantes era sólo la lengua de la letra impresa.

En pleno siglo XVI, por *manu aliena*, por nuestra querida mano española, se verán favorecidos estos dos fenómenos de innovación y normalización lingüística que darán lugar al nacimiento de una lengua para una nación; y a falta de una unidad política bien vale la institución lingüística como vínculo de cultura común.

En el sector de los textos técnicos y científicos, el problema lingüístico se activa constantemente porque las particularidades de los lenguajes sectoriales y la falta de una norma bien definida en este campo condicionan además la perfecta individualización de lo que es un texto científico. Habremos de esperar, todavía al siglo XVII para encontrar un italiano científico perfectamente estructurado como tal, y dotado de la categoría necesaria para equipararse a la lengua literaria. Tampoco ayuda la ausencia de una neta separación entre el lenguaje coloquial o familiar y el técnico-científico, caracterizado precisamente por la asunción, a niveles específicos y como tecnicismos, de términos procedentes de otros tantos ni-

⁴ “Perché non si può trovare una lingua che parli ogni cosa per sé senza haverne accattato da altri: perché, nel conversare gl’humani di varie provincie insieme, prendono de’molti l’uno dall’altro. Aggiungesi a questo che, qualunque volta viene o nuove dottrine in una città o nuove arti, è necessario che vi venghino nuovi vocaboli, e neati in quella lingua donde quelle dottrine o quelle arti son venute; ma riconducendosi nel parlare, con li modi, con li casi, con le desinenze et con gl’accenti, fanno una medesima consonanza con i vocaboli di quella lingua che trovano, e così diventano suoi”, en MACHIAVELLI, N., *Tutte le opere* (a cura di Martelli, N.). Firenze: Sansoni, 1971, p. 926.

⁵ También podemos encontrar quien se lamenta del uso creciente de las lenguas extranjeras, sobre todo de la española, Giovanni della Casa en su *Galateo*.

veles de lengua. En este aspecto, los lenguajes técnicos están especialmente condicionados por las dificultades que encuentran para importar palabras de una lengua a otra. Sin embargo, estas trabas, lejos de impedir el proceso codificador de la lengua, lo favorecen, convirtiéndose de esta manera la traducción en un medio de renovación, en un poderoso acelerador en la evolución de la propia lengua. Así que la historia de estas actividades muy bien puede ser tomada como tema importante en la historia del idioma nacional. Si hiciéramos un corte en el proceso diacrónico de los estadios de la lengua, a través de las traducciones podríamos fijar incluso las características lingüísticas de este preciso momento y su situación en el largo proceso de formación de una lengua unitaria.

De estos trabajos es paradigmática la versión italiana de la obra botánica del médico-cirujano y viajero Cristóbal Acosta, que aparece impresa en Venecia en la tipografía de Francesco Ziletti en 1585⁶. La bondad de la traducción de un anónimo y supuesto veneciano se reconoce por su adecuación al modelo teórico entonces vigente para tales textos. El procedimiento posee las mismas características que encontramos en otras versiones, pues el autor basa sus asertos en el concepto clásico de traslado o transposición de una lengua a otra⁷. Como trabajo intelectual respeta la naturaleza del texto científico y se mantiene fiel al original, lo que supone una correcta recepción por los destinatarios. Pero el punto más delicado de estos escritos sobre realidades desconocidas en la cultura y la lengua de llegada es, sin duda, el léxico. La descripción de nuevas realidades lleva aparejada la entrada de muchas voces, de neologismos de tanta importancia y en tanta cantidad que se deben tomar, y así nos lo hace saber el editor en el prólogo, como motor de progreso científico. Así pues, con su trabajo, el traductor contribuye a enriquecer el italiano, a hacerlo más hospitalario, en el mejor sentido del término, permitiendo que se activen los procedimientos de adaptación, reconocimiento y fijación de un sistema léxico *in fieri*, en el que los exotismos son consecuencia inevitable pero valiosa del esfuerzo aplicado.

Tal edición es, como vemos, producto de editor más que de autor, lo que justifica que la traducción, a pesar de ser excelente, aparezca anónima. El hecho demuestra que en tales tareas son los empresarios los verdaderos promotores de la cultura, contentos de obtener un benéfico económico que no está en absoluto reñido con lo intelectual, cosa que tampoco suelen esconder. Estimulan la lectura y la imponen como necesidad a un público receptor cada vez más numeroso y heterogéneo que no se limitará a exigir textos literarios sino toda clase de novedades de parecido tenor.

Junto a toda esa demanda de escritos de carácter científico, divulgativo o especializado⁸, anotamos la gran acogida que tienen los textos que informan sobre los descubrimientos

⁶ El título completo del texto de Cristóbal Acosta es *Trattato di Cristoforo Acosta... della historia, natura e virtù delle droghe medicinali et altri semplici rarissimi che vengono portati dalle Indie orientali in Europa... nuovamente recato dalla spagnola nella nostra lingua*, Venecia, presso Francesco Ziletti, 1585. (Lo analizamos en un congreso de traducción celebrado en León en el año 2000: IX Jornadas de Historia de la Traducción). Otra traducción muy conocida en la época de la que se da noticia en el prólogo de la que nos ocupa es la de N. Monardes, realizada por Annibale Briganti: *Due libri dell'istoria dei semplici aromati, ed altre cose che vengono portate dall'Indie Orientali di don Garzia dell'Orto... con alcune brevi annotazioni di Carlo Clusio, e due altri libri parimente di quelle che si portano dall'Indie Occidentali, Venezia, 1582*. La obra de referencia para estos textos científicos son siempre las versiones románicas del famoso Dioscórides, en castellano la del famoso Doctor Laguna (1555) citado por Cervantes, y en italiano la de Pier Andrea Mattioli (1557).

⁷ Toda traducción supone por lo demás, un caso especial de bilingüismo y así pueden aparecer fenómenos que podrían adscribirse al grupo de las interferencias lingüísticas. Traducir en la época, a pesar de ser tarea ingrata, poco remunerada y mal entendida, va a favorecer la evolución y perfeccionamiento de las lenguas, a través precisamente de enriquecer sus propios recursos, su propia sustancia. Así lo expresa Georges Mounin en su clásico *Teoría y práctica de la traducción*. Torino: Einaudi, 1965.

⁸ Gian Luigi Beccaria en su ensayo ya clásico sobre los hispanismos en la lengua italiana ofrece una información exhaustiva sobre la gran cantidad de traducciones de textos literarios y pragmáticos que se publicaban en la época

geográficos en curso. La narración de los viajes, las descripciones de territorios explorados, de sus habitantes, su flora y su fauna interesan a toda Europa. Y aunque es un tema profundamente hispano, pues son los españoles y los portugueses los primeros que llegaron al Nuevo Mundo, y por tanto con una fuerte connotación por la ideología imperante en la península; sin embargo, la interpretación y la valoración del hecho son permeables a todo tipo de influencias, particularmente italianas.

Los italianos son los primeros viajeros europeos que no son españoles o portugueses, y sus Relaciones de viajes son las primeras que se difunden en el continente, ya sean trabajos originales o traducciones, siendo así que la autoría intelectual del asunto es cosa suya⁹. Y no nos equivocamos un punto si decimos que un continente celebra su nombre en italiano por algo que tiene que ver con la escritura y la traducción. Y así lo pensaron y bien lo hallaron los autores de un tratado geográfico muy influyente *Cosmographiae introductio*, publicado en 1507 en Saint-Dié, en los Vosgos. Ciertamente, el nombre América reconocía la calidad literaria de no sólo las 40 páginas de las dos cartas de Amerigo Vespucci, *Mundus Novus* o *Quatro Navigationes*, sino de todos los italianos que colaboraron en trasladar o traducir una realidad, contada por otros, al mundo de la fantasía y al espíritu que impregnaba el Renacimiento¹⁰.

Toda esta ferviente actividad que despiertan los viajes de navegación allende los mares lleva aparejada una vorágine en el desarrollo de ambas lenguas y una cierta rivalidad también de la que saldrán ambas favorecidas.

Los desajustes culturales y lingüísticos se perciben precisamente por la traducción. Y la solución de los mismos la dan los intermediarios, los traductores sabedores y conscientes de que la cantidad y la calidad de la información que se puede pasar de una lengua a otra, siempre va condicionada por los propios sistemas de comunicación. En España no conseguimos en mucho tiempo una ruptura con los valores cristianos tradicionales y por ello nuestras crónicas de viajes seguían inspiradas en las fantasías medievales trazadas por Marco Polo. En cambio, en el país transalpino, los acentos van a colocarse en otros aspectos más terrenos, y sobre todo, estéticos, como indicios de una diferente concepción del mundo.

Por ello, tal vez, de este desajuste sincrónico se puede aprovechar todo, para la lengua y para la interpretación del referente cultural. De ahí que en aquellos tiempos no falta quien valore las traducciones como una de las empresas más ambiciosas que pudiera acometer cualquier poeta¹¹. Y a ello se dedicaron durante buena parte de este Siglo de Oro insignes escritores y buenos lingüistas, tanto que podemos encontrar un variado panorama editorial de todo tipo de géneros que además de ser la mejor vía de penetración de la literatura española son clave indispensable para la interpretación de la historia de nuestras letras, dentro y fuera de nuestros márgenes y fronteras.

en Italia y que son precisamente el motor de entrada constante de préstamos en aquella lengua. BECCARIA, G.L., *Spagnolo e spagnoli in Italia: Riflessi ispanici sulla lingua italiana del Cinquecento e del Seicento*, Torino: Giappichelli, 1968.

⁹ De las obras originales destacamos por su importancia en la Historia de la Lengua Italiana los textos de Pigafetta (1523), Girolamo Benzoni (1565) y F. Sasseti (1583), y damos cuenta en la bibliografía de tantas traducciones de Relaciones de viajes a las que los italianos se dedicaban con un fervor casi apostólico.

¹⁰ Los principales países interesados en el Descubrimiento, España y Portugal sólo van a utilizar el nombre de América a partir del siglo XVIII cuando ya resultaba incluso excesivamente anacrónico denominar al nuevo continente las Indias Occidentales, en Tzvetan Todorov, "Perché diciamo America", en *La Repubblica*, 22-23 dicembre, 1991, pp. 26-27.

¹¹ TASSO, T., *Jerusalén libertada*, traducción de Bartolomé Cairasco de Figueroa (ed.), prólogo y notas de A. Cioranescu, Aula de Cultura de Tenerife: Biblioteca de autores canarios, 1967, pp. 32-34.

Aunque las limitaciones del trabajo me van a impedir hacer conclusiones demasiado comprometidas, reconozco que seguir con atención los pormenores de la recepción de la cultura hispana y su repercusión en la magnífica tradición escrita italiana es siempre apasionante, por poco que me encamine en este terreno. Así que en los límites estrechos de esta aportación, sí podría resaltar otro de los motivos que han dejado cierta huella en la historia de la lengua italiana.

En primer lugar, me voy a referir a un trabajo, en cierto sentido paradigmático, *Il Picariglio Castigliano* de Barezzi Barezzi (1622). En realidad no es una traducción al uso del *Lazarillo de Tormes*, sino un *rifacimento*, esto es una apropiación del texto para los fines estéticos y morales del traductor. El resultado con que nos topamos es algo sorprendente, pues acaba siendo una amalgama de elementos diversos, que responden, sin embargo, a unos principios vigentes en el momento sobre teoría de la traducción. De acuerdo con estas pautas, se recompone y reordena el contenido del texto resaltando a la vez el valor didáctico, según el dictado horaciano del *docere delectando*, con la introducción de máximas y digresiones que llevan a la traducción a parecerse al tratamiento retórico de los sermones contrarreformistas y a la oratoria religiosa¹².

Un nuevo ejemplo de enriquecimiento de un texto por unos procedimientos y usos lingüísticos que ayudan a la interpretación de la obra, ya que la recepción de la picaresca exige la explicitación de unas referencias culturales con las que los lectores italianos no estaban familiarizados.

Y es que en cuestión de alma, los españoles hemos sido siempre expertos.

Con la presencia de clérigos militantes y ordenados soldados por toda Europa se hacía realidad un Imperio forjado en ideales desproporcionados y en pretenciosas osadías. A la vez, su literatura y el uso espléndido de la palabra allí encerrada, marcaban el panorama espiritual de Europa, y de Italia mejor, con el impulso hacia un arte -y un mundo- trágico, contradictorio, hecho de sueños y de sarcasmos, tal como destilaba un país místico y guerrero, pícaro y heroico, en su punto más álgido, en el Siglo de Oro. Sin embargo, esta expresión de desconfianza, de desasosiego y sosiego -el *sussiego* que aceptan sin pensar los italianos- a la vez, que en España se traduciría en el Conceptismo, sólo nos iba a dar buenos resultados a nosotros¹³.

Por más que en Italia, por las razones políticas y culturales que todos conocemos, hubiera alcanzado incluso una cierta relevancia teórica, no pudo suplantar a la literatura tradicional, hecha de clasicismo equilibrado. Y así no pasó de los estadios más elementales de puro ornato y efectismo, aunque su halo apenas palpable llegará incluso a la poesía del siglo XX¹⁴.

La fuerza de atención de la lengua española se mide por tantas traducciones: La Celestina¹⁵; la novela sentimental: Cárcel de Amor, La Cuestión de Amor; las obras de

¹² COLOMER, J. L., "La traducción de un género literario: *Il Picariglio Castigliano di Barezzi Barezzi*", en *Fides interpres: Actas de la 1ª Jornada Nacional de la Historia de la Traducción*, Publicaciones de la Universidad de León, 1987, v. I, pp. 257.

¹³ Frugoni, autor de *Il cane di Diogene*, que bien pudo ser el modelo de estos escritores conceptistas en Italia, había destacado como calidad más preciada de la lengua española su capacidad para los juegos de agudeza y conceptuosidad. Era el idioma ideal para tales supuestos. Un ensayo siempre interesante sobre la permeabilidad entre ambas culturas en periodo tan importante para nuestras mejores expresiones literarias es, a pesar del tiempo transcurrido, GARCÍA BERRIO, A., *España e Italia ante el conceptismo*. Universidad de Murcia, 1968.

¹⁴ Puede leerse en un clásico sobre el tema, CROCE, B., *la Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*. Bari: Laterza, 1949, p. 162 que el autor presupone que la literatura española no podía dar gran resultado y eficacia en un país como Italia. Más feliz y afortunada fue la influencia contraria.

¹⁵ La Celestina fue traducida por primera vez por Alfonso Ordóñez en 1505. Más tarde, en 1534 fue impresa por un especialista en libros españoles, Stefano Sabbio. Mucho más cuidada fue la edición de 1552 de Giolito en Venecia, preparada con la ayuda de Alfonso Ulloa. Este Ulloa fue un gran intermediario entre las dos literaturas y

Antonio de Guevara, en el siglo XVI. Más tarde, en el XVII, Lope de Vega, Calderón, Quevedo y cómo no, Cervantes. Pero el interés disminuye a medida que nos acercamos al fatídico desastre patrio español de la paz de Westfalia. Incluso en esa época se acuñó la palabra *spagnolata* para indicar con sentido despectivo que lo que se había admirado tanto era ahora desdeñado.

Adentrándonos por este camino, podemos atender a algunas de las ejemplares aportaciones de los segundos autores a las felices traducciones. Acompañando a los textos suelen organizar pequeños glosarios de palabras o dichos que son entendidos como “cosas curiosas y necesarias para aquellos estudiosos y amantes de la lengua española”, tal como reza el título de alguno de ellos¹⁶. Y no puede haber mejores huellas del interés que despertaba nuestro país en Italia. La consecuencia inmediata resultante es que de este espacio de vida cultural ocupado por intercambios recíprocos como no se habían visto jamás, surge la necesidad de redactar diccionarios y gramáticas para la enseñanza y el aprendizaje de nuestra lengua.

Las iniciativas, además de colmar la curiosidad innata de cualquier lector por descubrir y juzgar las novedades literarias más recientes, se ven premiadas por un éxito editorial en un mercado ávido de productos interesantes de todo tipo. Nada más revelador de la identidad de la sociedad en que aparecen, como muestra de los compromisos lectores y comunicativos que los italianos estaban dispuestos a asumir. Incluso, de forma muy escueta, podría atreverme a decir que el acercamiento a otros modos de expresión, a otras ideas y mundos ordenados de forma muy diferente favorecía en nuestros vecinos tanto la afirmación de lo suyo propio, como la necesidad de entender lo ajeno. Y no hay mejor manera de saber del mundo sino a través de las palabras.

En este sentido, tampoco debe sorprender el trabajo que lleva a cabo una *servetta* de un *canovaccio* de la Commedia dell'Arte cuando, con mucho interés prepara a su señora los textos imprescindibles para reconocer el exiguo espacio a que había quedado reducido el mundo por la simple voluntad de los que escriben. Y en esta biblioteca móvil aparece La Celestina, historia que resultaría muy extraña en Italia, de no ser porque refleja efectivamente un mundo ajeno, complicado y diferente, al que no estaban acostumbrados los espíritus soñadores, áulicos y aristocráticos de los lectores italianos¹⁷. Se estrena así una perspicaz operadora o intermediaria lingüística inaugurando, sin saberlo, una tradición que va a marcar un cierto camino en la educación hasta hoy, tarea a la que muchos de los que escribimos aquí, profesores de lenguas extranjeras, nos entregamos con tanta pasión.

Y esto es sólo una anécdota de las dignas y casi divinas actividades a las que podían dedicarse aquellos aficionados a lecturas, depositarios de la confianza de los primeros y segundos autores.

se encargó con pasión de suscitar el amor de los italianos por los libros españoles. Solía añadir en sus ediciones una pequeña introducción y un nomenclátor de las voces que mejor convenía conocer. Sobre otros aspectos de la vida cultural italiana de la época, Benedetto Croce, *La Spagna nella vita italiana durante il Rinascimento*, Laterza, Bari, 1949, pp. 164-165.

¹⁶ Así el nomenclátor de los *Diálogos apacibles compuestos en castellano y traducidos en toscano*, de Lorenzo Franciosini, Venecia, 1626.

¹⁷ Los empresarios de la Commedia dell'Arte sin querer habían desarrollado también un papel de intermediarios de la cultura, escrita y oral, el *parlato recitato*, del título del famoso ensayo de Giovanni Nencioni, pues aúnan el sueño espléndido del papel bien representado y la humilde realidad de la gente común. Así plasman sus inquietudes “lectoras” en la caracterización de estos personajes de ficción, tan educados y amables, como la perspicaz *servetta* Ricciolina, obligada por su señora a convertirse en experta bibliotecaria: “Franceschina vuole la Celestina di Fernando de Rojas per imparare a fare la ruffiana” en PANDOLFI, V., *La Commedia dell'Arte. Storia e testo*. 6 voll. Florencia, 1957-1961, v.IV, pp. 59-60.

Como representante de estos últimos, no hay duda de que debemos celebrar a Lorenzo Franciosini, el primer traductor del Quijote al italiano (1622, 1ª parte; 1628, 2ª). Pero de él queremos valorar mejor su faceta de lexicógrafo *avant la lettre* y de gramático.

Como compilador de un diccionario, que no es un trabajo sencillo en absoluto, tuvo que llevar a cabo un proceso de selección y ordenación del léxico, y luego codificar y decodificar estos símbolos. Y aunque ya había sido publicado un primer vocabulario cincuenta años antes, cuando apareció el trabajo del supuesto profesor florentino se podía definir mejor lo que debería ser en adelante una disciplina que daba buenos resultados incluso antes de que se fijaran las bases teóricas que había que manejar.

El trabajo de Franciosini es digno de mérito por dos motivos: el primero por la misma naturaleza compleja de la materia que utiliza, pues el léxico atiende a la fuente principal del proceso comunicativo, esto es, a las palabras como acervo expresivo de que se sirve el hombre para mostrar su relación con el mundo. Y el segundo, porque la ordenación del diccionario, tal como hace su autor, implica darse cuenta de que la lengua refrenda, además, el comportamiento de una sociedad marcada y definida por sus actos de habla, como percibirá tan bien dos años después en la traducción que hace de la obra de Cervantes.

Por tanto, con este *tesoro* -también solían denominarse así en la época estos textos singulares- se afianzan las bases de un género tan singular como el de los diccionarios bilingües, que reordenan la intersección comunicativa entre propios y extraños, favoreciendo la creación de espacios culturales muy valiosos.

No nos sorprende tampoco que el conocimiento del léxico y su distribución tenga prioridad sobre otros aspectos de la gramática. Y así parece que lo entendieron todos los que se ocupaban de estos menesteres. Aunque también debían de ser conscientes de que por mucho que se privilegiaran las palabras, no se domina una lengua nueva con sólo cambiar las etiquetas con que se conocen las cosas -aunque a juicio de casi todos los gramáticos y lexicógrafos éste sea el primer paso para la adquisición de una nueva lengua-. La solución inmediata a la necesaria comprensión del idioma extranjero consiste en añadir una advertencia al lector para explicar las cuestiones imprescindibles al manejo del diccionario. Y así se introducen apuntes sobre el aspecto fónico y las grafías, y las reglas de morfología nominal y verbal. Y muy bien debemos valorar hoy el empeño que pusieron nuestros antepasados para suprimir los inconvenientes de esa torre de Babel en que todavía vivimos. Y también Lorenzo Franciosini construye un texto metalingüístico, una gramática sobre estos supuestos¹⁸.

A tantos años de distancia podemos enjuiciar el trabajo de uno de nuestros mejores hispanistas históricos. De su actividad, destacaríamos dos buenos resultados:

Primero, un diccionario debe prepararse fundamentalmente con una finalidad comunicativa pues la lengua se estudia por motivos útiles y para situaciones concretas, para poder leer en la lengua original, por ejemplo, y poder prescindir de las traducciones, quizá.

Segundo y más importante, el valor didáctico de estos apuntes y recomendaciones, presentados en forma de gramática pedagógica más tarde, se aprovecha como fuente inagotable de información para la historia de la lengua, ya que son advertencias de la situación lingüística de ese momento, precisamente la primera vez que en sincronía se contrastan las gramáticas de dos lenguas románicas. Y todo ello por voluntad de un insigne traductor.

Consecuentemente, este resultado supera con creces el objetivo que el admirador de nuestra querida literatura española se propuso en su día.

Y como vamos a terminar estando entre admiradores de Cervantes, no podemos olvidar que también dos siglos más tarde, el mismo Manzoni se iba a hacer deudor impagable para

¹⁸ PERIÑÁN, B., "La "Grammatica" di Lorenzo Franciosini", en *Proemio*, 1, 1970, pp. 225-250.

la eternidad de la presencia española en Italia con su obra *Los Novios*. Como buen lector ocupado en asuntos placenteros, parece ser que se entregó también a la ardua tarea de leer nuestra obra más universal, primero en una traducción de Bartolomeo Gamba¹⁹ y más tarde, entre la primera y la segunda redacción de su obra narrativa, marcadas por tantas vueltas y revueltas lingüísticas, en el idioma original. La finalidad de este afán era la de conseguir dar espesor dramático a la conducta de los dominadores españoles que pululaban por entre las sencillas gentes italianas: tanto bilingüismo de los poderosos no es sino muestra de cómo se pueden decir incluso verdades a medias, matizadas por el filtro de dos códigos.

Alessandro Manzoni, escrupuloso y siempre bien atento al discurso lingüístico parece que también anotaba con mucho cuidado todo aquello que le merecía la pena mientras leía su Quijote. Y así se le ocurrió apuntar las palabras que en su opinión habrían pasado del español a su dialecto milanés durante los años de la dominación hispánica. Con asombro leemos en los recuerdos de Cesare Cantù²⁰, que en el grupo de términos, frases y expresiones seleccionados, nuestro autor había incluido la palabra *mafia*, con el significado conveniente de ‘astucia, malicia’²¹. Extraña suerte, la del término, y sorprendente también. De entre los más de novecientos préstamos del español que los estudiosos han rastreado en la lengua italiana, éste parece ser el único y verdadero: pasa de una lengua a otra, por arte de magia desaparece, y luego lo volvemos a encontrar en nuestro diccionario más completo, el de la Real Academia registrada como xenismo procedente del italiano, y como voz autóctona de Puerto Rico, con el mismo significado del español del siglo XVI, que es precisamente el español que se lleva a América. No nos extraña que el rastro de la leyenda de *mafia* se esfume entre hojas de diccionarios, de textos inverosímiles o de cuidadísimas ediciones, como también escondía su verdadera naturaleza a Pitré, cuando organizaba el vocabulario del siciliano. Y no nos extraña porque las palabras tienen vida propia, y son tan caprichosas que se entregan a quien quieren, cuando quieren y como quieren. De esto no debemos olvidarnos nunca los que nos dedicamos a la hermosa tarea de traducir.

Para concluir debemos resaltar que durante siglo y medio, nuestro Siglo de Oro, la cultura y la lengua española eran el punto de mira del mundo civilizado, y el español se imponía como la lengua del espíritu, de la inteligencia, de la conversación... De ello hemos dado muchos testimonios. Así hemos tratado de pintar un cuadro de civilización de oro, iluminado por una reflexión sobre la virtud y el prestigio de una lengua que muchos de nuestros contemporáneos no saben o no quieren reconocer.

¹⁹ PINI, D., “Don Chisciotte in Italia: da hidalgo a cittadino”, en *Quaderni di lingue e letteratura*, 22, 1997, pp101-119. La autora, que también ha participado en estas Jornadas de traducción, en este trabajo analiza las denominaciones de nuestro inmortal hidalgo manchego en la lengua italiana, generadas por la dificultad del traspaso de un idioma a otro de realidades culturales muy distintas y motivadas por el contexto sociolingüístico en que tales soluciones ven la luz.

²⁰ Los lectores eternos, como somos algunos, recordaremos un artículo memorable escrito por Leonardo Sciascia y traducido por Esther Benitez en el que se advierte a los amables compradores de “El País” del domingo 8 de marzo de 1987, p. 13: *Aquí está el busilis*, de que el “busilis” (del latin *in diebus illis*) está ahí, justamente en esto que los italianos llaman *cavallo di ritorno*, una palabra, *mafia*, que se presta, que va y que viene como testimonio de que entre los dos “grandes” de nuestras letras hay un no sé qué de misteriosa semejanza.

²¹ Recientemente ha aparecido un ensayo sobre la etimología de la palabra *mafia*: Pasquale Natella, *La parola 'mafia'*, Biblioteca dell'Archivium Romanicum, serie II v. 53, 2002. Durante mucho tiempo esta palabra ha soportado las más increíbles etimologías; quizá provenga del árabe, y por esta vía también haya existido en la lengua española. Puede ser también que haya estado presente en alguna de las ediciones del Quijote, aunque en el texto más reciente fijado por Francisco Rico y sus colaboradores y publicado bajo los auspicios del Instituto Cervantes, tal término es desconocido.

Referencias bibliográficas

- ACOSTA, C., *Trattato di Cristoforo Acosta... della historia, natura e virtù delle dorghe medicinali et altri semplici rarissimi che vengono portati dalle Indie orientali in Europa... nuovamente recato dalla spagnola nella nostra lingua*. Venecia: Francesco Ziletti, 1585.
- BECCARIA, G. L., *Spagnolo e spagnoli in Italia: Riflessi ispanici sulla lingua italiana del Cinque e del Seicento*. Torino: Giappichelli, 1968.
- BENZONI, G., *La historia del Mondo Nuovo* [1565]. Milano, 1965.
- CAIRASCO DE FIGUEROA, B., *Jerusalén Libertada*, (traducción de la obra de Torquato Tasso). Tenerife: Aula de Cultura: Biblioteca de autores canarios, 1967.
- COLOMER, J. L., “La traducción de un género literario: Il Picariglio castigliano di Barezzo Barezzi”, en *Fides interpretes*, Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción, Publicaciones de la Universidad de León, 1987, pp. 255-260.
- CROCE, B., *La Spagna nella vita italiana durante il Rinascimento*. Bari: Laterza, 1949.
- CROCE, B., *Saggi di letteratura italiana del '600*. Bari: Laterza, 1962.
- FORESTA, G., *Il Mondo Nuovo nella voce dei cronisti tradotti in italiano*. Roma, 1988. (Se trata de una antología de textos españoles y portugueses entre los que encontramos los firmados por González Fernández de Oviedo, Francisco de Xerez, Pedro Cieza de León, Francisco López de Gomara, Joao de Barros y José de Acosta entre otros).
- FRANCIOSINI, L., *Diálogos apacibles compuestos en castellano y traducidos en toscano*. Venecia, 1626.
- GALLINA, A. M., *Contributi alla storia della lessicografia italo-spagnola dei secoli XVI e XVII*. Firenze: Olschki, 1959.
- GARCÍA BERRIO, A., *España e Italia ante el conceptismo*. Universidad de Murcia, 1968.
- MACHIAVELLI, N., *Tutte le opere* (a c. de M. Martelli). Firenze: Sansón, 1971.
- MONARDES, N., *Due libri dell'histoira dei semplici aromati, et altre cose che vengono portate dall'Indie Orientali di don Garzia dell'Orto... con alcune brevi annotazioni di Carlo Clusio, et due altri libri parimente di quelle che si portano dall'Indie Occidentali*. Venecia, 1582.
- MOUNIN, G., *Teoria e pratica della traduzione*. Torino: Einaudi, 1965.
- NATELLA, P., *La parola 'mafia'*. Biblioteca dell'Archivium Romanicum, serie II, v. 53, 2002.
- PANDOLFI, V., *La Commedia dell'Arte. Storia e testo*. Florencia, 1957-1961.
- PERIÑÁN, B., “La ‘Grammatica’ di Lorenzo Franciosini”, en *Proemio*, I, 1970, pp. 225-260.
- PIGAFETTA, A., *Relazione del primo viaggio intorno al mondo* [1523]. Milano, 1928.
- PINI, D., “Don Chisciotte in Italia: Da Hidalgo a Cittadino”, en *Quaderni di lingue e letterature*”, 22, 1997, pp. 101-119.
- SCIASCIA, L., “Aquí está el ‘busilis’”, en *El País*, 8 de Marzo de 1987, p. 13.
- TODOROV, T., “Perché diciamo America”, en *La Repubblica*. 22-23 de diciembre de 1991, pp. 26-27.
- TRABALZA, C., *Storia della Gramática italiana*. Bologna: Arnaldo Forni (ed.), 1963.